

advocacion de los Angeles como testimonio irrefragable de haberse repetido con San Fernando el prodigio que con Don Alonso el Casto realizaron los celestiales espíritus, bajando en disfraz de artífices á labrar la célebre cruz (1).

La hueste que el rey santo puso sobre Sevilla era la mas lucida y numerosa de cuantas habian visto en sus seculares contiendas la España cristiana y la mahometana. No menor aparato era menester para el colosal intento de conquistar una capital que albergaba en su seno mas de doce mil familias musulmanas repartidas en veinticuatro tribus, y que estaba en poder de los sectarios del Corán hacia mas de cinco siglos. Allí estaba el nombrado maestre de Santiago Don Pelay Pérez Correa con los caballeros de su orden: caudillo valeroso, el principal entre los que habian estimulado al monarca á acometer la difícil empresa, y uno de los que con hazañas mas dignas de la trompa épica contribuyeron á llevarla á cabo en el Ajarafe contra los castillos de Albayda, Aznalfarache y Triana, Gelves y tierras de Niebla y Sierra-Morena, dilatado palenque de sus proezas. Allí estaban los infantes Don Alonso de Molina, su hermano, Don Enrique y Don Alonso, sus hijos; Don Alonso, infante de Aragon, el infante de Portugal Don Pedro, el conde de Urgel, el maestre de Calatrava Don Fernando Ordoñez, los maestros de las otras órdenes militares, multitud de ricos-hombres, infanzones y caballeros; los concejos de Córdoba, Andújar y otros de la frontera; mucha y buena gente del concejo de Madrid; toda la nobleza de Castilla y de Leon capaz de tomar las armas, mu-

les, cercada de magestad y resplandores, prometiéndole su proteccion; y que al volver San Fernando en sí, quedó tan fija en su idea aquella divina beldad, que resolvió tener una imagen que de continuo se la representase. Llamó á los mas eminentes artífices, y explicándoles minuciosamente todas las facciones y caracteres del divino semblante, les mandó hacer el deseado trasunto. Tres imágenes labraron; pero ninguna correspondia al tipo celestial que veía en su mente el fervoroso monarca. Por mas correcciones que hicieron, no les fué posible contentarle, y ya desesperaba el rey de conseguir lo que tanto anhelaba, cuando se le presentaron dos hermosos mancebos desconocidos que tomaron á su cargo la obra. En brevisimo tiempo la terminaron, esculpiéndola el uno y pintándola el otro, y al punto desaparecieron, dejando al rey absorto lo extraordinario del hecho y la admirable perfeccion del retrato. Hasta aquí la tradicion.

Algunos escritores de menos credulidad y mayor crítica han supuesto que la imagen de *Nuestra Señora de los Reyes* fué regalada á San Fernando por su primo San Luis rey de Francia, y que las otras tres, de semejante forma aunque inferiores en belleza, de *las Aguas*, de *San Clemente* y de *San Francisco*, son meras copias de aquella. Esto creemos tambien nosotros al juzgar por el estilo de la obra, y al compararla con las esculturas que hemos visto del tiempo de San Luis.

(1) Don José Maldonado Dávila en un trat. ms. que cita Zúñiga, año 1252. n. 28.

cha de Aragon, Cataluña, Portugal y Vizcaya, muchos calificados extranjeros atraídos por la fama de la grande empresa y por el deseo de ganar las indulgencias de las bulas apostólicas concedidas para esta conquista; el rey de Granada Al-Ahmar con quinientos ginetes muy aventajados, el cual se habia obligado á auxiliar personalmente á Don Fernando en todas sus expediciones; allí por último muchos piadosos y esforzados varones de todas las gerarquías eclesiásticas, el arzobispo de Santiago Don Juan Arias con su lucida compañía de caballeros gallegos, los obispos de Córdoba y Coria, Don Gutierre y Don Sancho, otros prelados, y multitud de presbíteros y religiosos, que voluntariamente acudieron no solo para ejercer su ministerio en la administracion de los Sacramentos, sino porque la sagrada demanda ponía la espada en la mano á los eclesiásticos con justo motivo. Descollaban como paladines de mas prez entre todos los ricos-hombres, adalides, almogavares, almocadenes y demás cabos, el almirante Don Ramon Bonifaz, francés de patria y de origen, establecido en Burgos en clase de rico-hombre; el famoso ganador de Córdoba y alcaide de Andújar, ahora adalid mayor, Domingo Muñoz; Pedro Blazquez, llamado *el blanco*, del tronco de los Dávilas; Lope Garcia, de la ilustre casa de los Saavedras; el comendador de Alcañiz, el Prior de San Juan, Don Rodrigo Gonzalez Giron, primer alcaide de Carmona, Don Gutier Suarez de Meneses, Don Diego Sanchez de Fines, Don Ordoño Ordoñez de Asturias, que al principio de la campaña habia quedado por guardador en Jaen; Don Rodrigo Alvarez, que aunque del linage de Lara, se apellidaba de *Alcalá* desde que habia recibido en guarda á Alcalá de Guadaira; Don Rodrigo Frolaz, Don Pedro Ponce, Don Rodrigo Gonzalez de Galicia; Don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya y alférez mayor del rey santo, Arias Gonzalez Quixada y Don Fernan Yañez; y al par de los héroes mas renombrados de los tiempos antiguos, los dos invictos campeones Garci Perez de Vargas y Don Lorenzo Suarez Gallinato, conformes en amistad, competidores en bizarria (1).

(1) Entre las muchas proezas con que estos dos caballeros se distinguieron, se suelen citar principalmente el suceso de la *cofia*, cantado en antiguos romances, el de la *competencia* que refirió Don Juan Manuel en su conde Lucanor, el del paso del puente de Guadaira y otras bazarrias. De las correrías, espolonadas y escaramuzas que con admiracion de todos acometieron, dé al curioso lector razon individual la Crónica del rey Don Alonso.

El suceso de la *cofia* se refiere mejor y con mas sabor antiguo que en la Crónica general publicada por Ocampo, en la famosa crónica anónima de los once reyes, que,

Desde la primavera del año 1247, en que, moviendo el ejército desde Córdoba dividido en dos, uno al mando del Infante de Molina y del maestre de Santiago con destino al Ajarafe, y otro bajo la dirección del rey de Granada y del maestre de Calatrava con orden de fatigar los

anotada por Ambr. de Morales, conserva la Biblioteca del Escorial: ms. del siglo XV, j. Y. 12.—Cap. LXIII. De como Garci Perez de Vargas torno por la cofia a aquel lugar dosse cayera.—Otro dia despues que el rey Don Ferrando fue a posar a Tablada, mando a los cavalleros de su mesnada que fuessen a guardar a los erveros (forrageros). Garci Perez de Vargas e otro cavallero que avie a yr con ellos, detovieronse en el real, e non salieron tan ayna como los otros, e yendo en pos, ellos bieron ante sí por donde avian a pasar en el camino siete cavalleros de los moros. E dixo el cavallero a Garci Perez, tornemonos, ca ellos son siete cavalleros e nos non somos mas de dos. Garci Perez dixo, non lo fagamos, mas vayamos por nuestro camino derecho, ca non nos atendrán. E el cavallero dixo que lo non queria faser, ca lo tenia por locura si dos cavalleros que ellos eran fuessen cometer de pasar por do estavan ssiete cavalleros; e fuesse arrededor del real por non seer conocido fasta que fue en su posada. El real do estava la tienda del rey era un poco en altura, e por donde ellos yvan era llano. E el rey Don Ferrando violo a ojo, e los que con el eran e estavan, e vio de como se tornava el un cavallero, e que fue el otro en su cabo. E otrosi vio aquellos ssiete cavalleros de moros como se estavan delante teniendole el camino por ho el avia de pasar, e mando que le fuesen acorrer. Don Lorenzo Suarez que estava ay con el rey, que avia visto á Garci Perez quando salia del real e conosciolo en las armas, e sabie que el era, dixo al rey, sseñor, dexeñle, que aquel cavallero que fincó en su cabo con aquellos moros es Garci Perez de Vargas, e para tantos como ellos son non ha el menester ayuda. E si los moros lo conocieren en las armas non lo osaran cometer, e ssi lo cometen vos veredes oy las maravillas que el fará. Garci Perez tomó las armas que le traie su escudero e mandole que se parase en pos él, e que sse non moviesse a ninguna parte ssi non assi como el fuesse que assi fuesse él en pos él. E enlazando la capellina cayosse la cofia en tierra e non lo vio, e enderesço por su camino derecho, e su escudero en pos él. Los moros conocieronle en las armas como era Garci Perez, ca muchas veces ya las vieran traer e bien las conocian, e non lo osaron mas cometer. Fueron a par del de la una parte del camino e de la otra fasiendo ademanes e alvrotamientos una grand pieza, e quando vieron que sse non bolvie a ninguna parte nin se queria desviar por cosa que ellos fiziesen, sinoñ que todavia iba por su camino derecho, tornaronse e fueronse a parar en aquel lugar do sse le cayera la cofia. Quando Garci Perez sse vio desembargado de aquellos moros, dio las armas a su escudero. E quando desenlasó la capellina e non fallo su cofia, pregunto al escudero por ella; e el escudero dixo que non gela diera, e desde fue cierto que sse le avie caído, tomo sus armas que le avie dadas e dixole que pasasse en pos él e que toviessse ojo por la cofia alli do sse le cayera. E el escudero, quando vio que se queria tornar por ella, dixole: cómo, Don García, por una cofia vos queredes tornar a tan grand peligro, quando tan sin daño vos partistes de aquellos moros, seyendo ellos ssiete cavalleros e vos uno solo? Queredes tornar a ellos por una cofia? Garci Perez le dixo, non me fables en ello, que bien vees que non he cabeza para andar sin cofia. E esto disie él porque era muy calvo, que non tenia cabellos de la meytad de la cabeça adelante. E tornose para aquel lugar do ante tomara las armas. Don Lorenzo Suarez, quando lo vio tornar, dixo al rey, vedes como torna a los otros moros vuestro Garci Perez quando vio que los moros non le querian acometer, e agora va el cometer a ellos? Agora veredes las maravillas que el fará que vos yo disia ssi le osaren atender. Los moros quando vieron tornar a Garci Perez contra ellos, fueronse acogiendo que non sse detovieron y mas. Quando Lorenzo Suarez vio a los moros como se acogien ante Garci Perez que le non osaron atender, dixo al rey, vedes Señor lo que vos yo desia, que non osarian atender aquellos siete cavalleros moros a Garci Perez en su cabo. Sabed Señor que le conocieron e cataldos como se van acogiendo ante él que non le osan atender. Yo so Lo-

campos de Jerez, habia tenido principio la opugnacion de Sevilla y su territorio, una série no interrumpida de victorias venia anunciando el dichoso desenlace con que iba á coronar el cielo los constantes y generosos esfuerzos de tales guerreros. Rindió primero párias la fuerte Carmona; entregáronse luego Constantina, Reyna, Lora, Alcolea y sus

renzo Suarez que conosco bien los buenos cavalleros desta hueste quienes son. Garçi Perez llegó á aquel lugar do sse le cayera la cofia, e fallola y, e mando á su escudero descender por ella, e tomola e sagudiola e pusola en la cabeça e fuesse dende para donde andavan los erveros. Quando los que fueron guardar los erveros se tornaron para el real, pregunto Don Lorenzo Suarez á Garçi Perez antel rey quien fuera aquel cavallero que con el fuera del real. Garçi Perez ovo ende grand embargo e pesole mucho, porque Don Lorenzo Suarez gelo preguntara antel rey, ca luego sopo que viera el rey e Don Lorenzo Suarez lo que á él aquel dia oviera contescido. E el era tal ome e avie tal manera, que non le plazie quando le retrayen algunt bien fecho que el fiziesse. E pero con vergueña ovo a desir que le non conoscie nin sabie quien fuera. E Don Lorenzo Suarez ge lo pregunto muchas vezes despues quien fuera aquel cavallero. E ssiempre le dixo que le non conoscie, e nunca del lo pudieron saber. Pero que le conoscie el muy bien e lo veyá de cada dia en la casa del rey. Mas non querie que el cavallero perudiesse por el su buena fama que ante avie, ante defendió al su escudero que por los ojos de la cara non dixiesse que le conocia. E el escudero assi lo fiso que nunca lo quiso desir pero que gelo preguntaron despues muchas veses.»

Es tambien lance muy sabroso el que le ocurrió al mismo Perez de Vargas con un infanzon, que recien llegado al cerco de Sevilla, y viendo que aquel usaba sus mismas armas, que eran *hondas blancas y cárdenas*, se jactó neciamente de que se las haria quemar. Llegó su baladronada á oídos de Garçi Perez en ocasión de ir la hueste á combatir el castillo de Triana. Halláronse allí el infanzon, Garçi Perez y otros caballeros: hicieron una impetuosa salida los moros matando á cuantos encontraban: Garçi Perez metió las espuelas á su caballo y fué á herir con su lanza á un caballero moro que iba entre los otros, dando con él en tierra. Los otros moros volvieron las espaldas y los cristianos los siguieron hasta las puertas del castillo matando y derribando á muchos de ellos, y cuando los moros se apercibieron del corto número de los cristianos, revolvieron sobre ellos y allí fueron, dice la crón. ms., *los golpes de lanza muy grandes y de porras que se daban á manteniendo, que les duró gran pieza del dia*. De las torres del castillo les arrojaban tantas piedras y saetas, que no parecian sino *granizo que caía del cielo*, y tan recio estaba Garçi Perez aquel dia y tantos golpes recibió, que las señales de las hondas del escudo y de la capellina apenas se veían. Desmayaron al cabo los moros, muriendo muchos de ellos en las torres y en el muro, y empezaron á replegarse en sus barreras. Garçi Perez entre tanto estuvo con gran serenidad mirando al infanzon, y viendo que muerto de miedo no se habia atrevido á moverse del sitio en que al principio le habia dejado, encarándose con él le dijo: *Señor caballero, ansy traigo yo las señales de las hondas, y en tales lugares las meto como agora vos vistes: si quisiéredes vamos vos e yo, que las traedes bien lucias e limpias, a fazer otra espolonada con aquellos moros que agora eran aquí, y veremos qual merescerá mas traerlas*. Pesole mucho al infanzon lo que habia dicho, y de grado se desdijera si pudiese, porque se figuró que Garçi Perez le provocaba á que sostuviese en reto singular lo que tan inadvertidamente habia proferido; pero no atreviéndose á arrostrar su justo enojo, le replicó de esta manera: *Señor caballero, vos traedes estas hondas y fazed de ellas como agora fezistes, y honraldas como agora las honrastes, ca bien son empleadas en vos, y por vos valieron ellas mas*. Garçi Perez le perdonó el yerro, y el infanzon se tuvo por dichoso evitando el lance de esta manera. Supo el hecho Lorenzo Suarez Gallinato, refiriólo al rey y á los ricos-hombres, e fué muy traído por la hueste; e tomó ende grand embargo y vergüenza el infanzon porque lo cataban todos y se reían, y los ricos omes le preguntaban como le fuera con Garçi Perez de Vargas.» Cap. CCCCX. de la citada Crón. ms. del Escorial.

comarcas; costó abundante y generosa sangre Cantillana; Guillena después se entregó á menos costa; Lerena resistió obstinada, pero se dió á partido cuando sintió amagos de ser destruida; Alcalá del Rio, defendida por el mismo Sakkáf (Axataf) á causa de su grande importancia, como llave de los abastecimientos de Sevilla por el lado de las seranías, cedió también á la fuerza y á la destreza de las armas cristianas: Alcalá de Guadaira se habia desde el comienzo de la campaña entregado al rey Al-Ahmar, y ahora saliendo de ella Don Rodrigo Alvarez escarmentó á los moros procedentes de las marismas de Lebrija. Unidas estas conquistas á las que por la banda del Ajarafe hacia el maestre de Santiago, segun dejamos indicado, y á las victorias que por la parte de la marina llevaba á cabo Don Ramon Bonifaz derrotando una numerosa escuadra de bajeles africanos y sevillanos y franqueándose la entrada del rio, se concibe que el real de San Fernando en la altura de Buena Vista hubiese podido ir tomando el extraordinario incremento que le atribuye la crónica general, impusiese tanto respeto á la morisma, y presentase el aspecto de una gran poblacion improvisada, perfectamente defendida y bien gobernada, que solo esperaba el momento oportuno de trasladarse dentro de los viejos muros de la otra, á la cual desde aquella elevacion acechaba (1).

(1) «La hueste que el noble rey Don Ferrandó tenia sobre Sevilla, dice la crónica ms. del Escorial antes citada, avia semejanza de grand cibdad y noble y rica, e cumplida era de todas las cosas e de todos los bienes e de todas las noblezas e abondamiento de cumplida cibdad, y calles e plazas avia departidas y de todos menesteres e cada una sobre sí; e una calle avia de los traperos y de los cambiadores, y otra de los especieros y de las alquimias y de los melecinaamientos que avian menester los dolientes, y de los ferreros otra, y ansi de cada menester de quantos en el mundo podian ser avia; y de cada uno sus calles departidas, cada una por órden, compasadas e apuestas e bien ordenadas, ansi que quien aquella vista vió podrá decir que nunca otra tan rica nin tan apuesta viera que de mejor gente ni de mayor poder que esta fuesse, ni tan cumplida de todas noblezas nin maravillosa de todas viandas y de toda mercadería: hera tan abundada que ninguna otra cibdad non lo podia ser mas. E ansi avia y raigadas las gentes con cuerpos y con averes, con mujeres y con fijos, como si siempre oviera y a durar, ca el rey avia y puesto e prometido que nunca se dende levantassee en todos los dias de la su vida fasta que a Sevilla oviesse, e quiso Dios que cumpliesse su voluntad: y esta certidumbre del rey los fazia vevir á todos arraigadamente como vos dezimos.»

El infante Don Alonso no se alojaba en el cuartel real: asentó su hueste al principio en un olivar, á la parte de levante de Sevilla, y allí acampó la gente que de Aragon y Portugal traia. Pero luego se trasladó á la otra parte del rio, contra Triana.

Al Señor de Vizcaya, Don Diego Lopez de Haro, se le señaló cuartel cerca de la puerta de la Macarena, y allí hizo hincar sus pabellones á las lucidas tropas de sus estados. No lejos de aquel punto acampó Don Rodrigo Gonzalez de Galicia.

Finalmente, el arzobispo de Santiago, Don Juan Arias, se alojó con su lucida compañía de caballeros gallegos cerca del arroyo Tagarete, hasta que enfermando de re-

La entrega de Sevilla era para los moros, despues de la pérdida de Córdoba, la catástrofe mas tremenda que podia sobrevenirles, y así hicieron, aunque en vano, todos los esfuerzos posibles para conjurarla. ¡Inmensa debió ser su desesperacion cuando se convencieron de que no habia medio de salvar la ciudad ni ninguna de las hermosas joyas en ella encerradas! Los dos formidables golpes que decidieron esta entrega fueron la rotura del puente y la expugnacion del castillo de Triana.

No seguiremos ni á Don Ramon Bonifaz ni al ejército del santo rey en las vicisitudes de ambos propósitos; nos contentaremos con asistir á su feliz desenlace. Era la festividad de la Invencion de la Santa Cruz, una muchedumbre inmensa llenaba las dos orillas, la vocería subia al cielo, los moros desde el castillo de Triana, desde el Arenal y desde el mismo puente del Guadalquivir, fulminaban toda clase de armas arrojadas contra dos gruesas y fuertes naves con las proas chapadas de hierro, montadas por el almirante y su gente, las cuales impelidas de un impetuoso viento acababan de chocar contra el puente rompiendo la robusta trabazon de sus cadenas, y pasaban al otro lado volviendo las proas hacia la torre del Oro, balanceándose magestuosas como dos delfines que se pavonean vencedores en una justa marina. El rey Don Fernando en persona y el infante Don Alonso, seguidos de lo mas gallardo de sus tropas, hacian por tierra escolta á los dos bajeles triunfadores, que, como dice Zúñiga, acababan de *cortar la garganta al cuello de la esperanza de los infieles*, y los recibian con sus alegres vitores, mientras los moros los veían atracar lanzando gritos de desesperacion. Al dia siguiente, 4 de Mayo, pasa el rey con la mayor parte de su ejército á combatir á Triana: y ahora le ayuda desde el rio el almirante que habia recibido la vispera su auxilio para la importante obra de dejar á Sevilla incomunicada con su Ajarafe. Pero en Triana está reconcentrado casi todo el poder de la morisma, y tienen allí provisiones para defenderse mas de medio año: grande y obstinada es la defensa, obstinado é implacable tambien el cerco: ni cesa la mina, ni la construccion de ingenios de toda especie, ni el batir de los muros, ni el encarnizado pelear al pie de ellos, ni las espolonadas y cortas y talas para privar á aquella fortaleza de refuerzos, aguas y bastimentos.

sultas de los vapores nocivos que se elevan del prado de Santa Justa, bañado por aquellas aguas, le obligó el rey á regresar á su tierra.

Por otra parte la hueste de S. Fernando padece toda clase de males «ca las calenturas eran tan fuertes e tan grande el encendimiento, que »se morían los omes de gran destemplamiento, ca eran corrompidos »del aire, que no parecia sino fuego, y corria tan escalentado como »sy de los infiernos saliese, y todos los omes andavan todo el dia cor- »riendo por agua del gran calor que fazia, tan bien estando por som- »bra como andando por fuerza, y por donde quier que andavan como »si en baño estuviessen; y por esta razon y por los grandes quebran- »tamientos y lacerías que sufrían, perdíanse y grandes gentes (1).» Los moros al mismo tiempo, aunque tenían cortado el puente que unía á Triana con la ciudad, no por eso dejaban de comunicarse en barcos y á nado, y fué menester que Don Ramon Bonifaz los escarmentase en el rio y que el asedio de Triana se estrechase mucho, para obligar á los infieles de una y otra parte á pensar en capitulaciones. Cuando vieron estos que el almirante con gran poder de carracas, zabras y otros bajeles les cortaba el paso á Triana; que este castillo quedaba aislado, y que lo estaba asimismo la ciudad, apretaba grandemente por los cristianos por agua y por tierra, pidieron treguas para proponer una pleitesía. Ofrecieron primeramente entregar el Alcázar y que se partiesen entre el rey cristiano y Sakkaf las rentas que pagaban á los Miramamolines. Desoido este partido, propusieron que se dividiese la ciudad, levantando un muro entre moros y cristianos para que estuviesen unos y otros mas seguros. Desechado tambien este trato, prometieron entregar la ciudad entera siempre que se les consintiese derribar la mezquita mayor y su torre; pero encargado el infante Don Alonso de responder en nombre del rey su padre, dijo, *que por un solo ladrillo que á la torre quitasen, los pasaria á todos á cuchillo*. Concluyó el parlamento con que pudiesen los moros salir de la ciudad con vidas y haciendas, quedando en ella algunas familias; y que Sakkaf y el Arraez principal entregasen á Aznalfarache, Niebla y Tejada, obligándose á dar párias. Dióseles un mes de plazo, despues de entregados el Alcázar y los demás puntos fortalecidos, para que fuesen cómodamente disponiendo su emigracion, escoltados los que hubiesen de trasladarse á otras tierras de la Península, y en bajeles los que hubieran de pasar á Africa. Estas capitulaciones se firmaron el 23 de no-

(1) Crón. ms. citada, cap. 421.

viembre, día de San Clemente, á los quince meses y tres días de comenzado el cerco. Mandó luego San Fernando tomar posesion de la ciudad, fiando el cuidado de su presidio al infante Don Alonso de Molina, á Don Rodrigo Gonzalez Giron, y á otros ricos-hombres; entregando al infante de Molina la torre del Oro, la de la Plata á su hijo Don Alonso, y á Don Rodrigo Giron los palacios del príncipe de la ciudad, diversos del Alcázar segun en el capítulo anterior dejamos insinuado. En el Alcázar se aposentó el mismo santo rey, y las puertas de la ciudad se dieron en custodia á diversos ricos-hombres, entre los cuales solo queda noticia de Don Rodrigo Fernandez de Cevallos, que puso en memoria sobre la que le cupo en suerte el blason de sus armas.

Mientras corria el plazo concedido á los moros para la evacuacion de la ciudad, el obispo de Córdoba Don Gutierre de Olea, recien electo arzobispo de Toledo (1), que habia asistido al cerco de Sevilla en el ejército del rey, expurgaba por encargo de este la mezquita mayor y la preparaba para la celebracion de las augustas y sagradas ceremonias con que habia de solemnizarse tan ruidoso triunfo. Llegó por fin el día tan suspirado de los cristianos quanto temido de los infieles, día 22 de Diciembre, en que cabalmente celebra la Iglesia la traslacion de las reliquias del santo patrono de Sevilla Isidoro á la ciudad de Leon (2):

(1) A pesar de las dudas que expuso Zúñiga (año 1248, n.º 23) acerca de la identidad de este prelado; en el cual vió no una sola persona sino dos distintas, á saber, el obispo de Córdoba y el arzobispo electo de Toledo, es cosa averiguada que Don Gutierre de Olea, ó Dolea, prelado de Córdoba en la época á que nos referimos, no habia aun sido confirmado por S. S. como arzobispo de Toledo. El Sumo Pontífice no confirmó la eleccion de Don Gutierre y su traslacion á Toledo hasta el día 6 de Febrero de 1249; así consta de la bula de Inocencio IV datada el día 8 de los idus de Febrero, que publicó Balúcio en sus *Misceláneas*, t. 1, pág. 248, edicion de Mansi.

(2) Por no detenernos demasiado en la rápida narracion de los hechos referentes á la dinastía de los Ben Abbad, no hicimos mencion en el capítulo VI de un interesante episodio de la vida de los dos reyes Don Fernando I, llamado *el Magno*, y Almutámed Ben Abbad, emir de Sevilla, designado en muchas de nuestras antiguas crónicas con el nombre de *Almucamuz Abenamet*. El historiador Morgado, condensando lo mas sustancial de las crónicas manuscritas que hablan de ese suceso, lo cuenta de la manera siguiente: Reinando en Sevilla Almucamuz Abenamet, el rey Don Fernando el Magno quiso llevarse á Leon algunos cuerpos de Santos de Sevilla, y con este objeto despachó allá á Don Alvito obispo de Leon y á Don Ordoño obispo de Astorga, y con ellos al conde Don Nuño y un buen ejército de gente con dos capitanes llamados Don Gonzalo y Don Fernando. El rey moro dijo á los encargados que no sabia él dónde yacian los cuerpos santos que deseaban, y que los buscasen. San Isidoro se apareció á Alvito y le dijo le llevasen á Leon, pero que dejaran en Sevilla el cuerpo de Santa Justa. Comunicada y divulgada la noticia, el rey moro se afligió grandemente y prorumpió en estas palabras: *Si yo os doy á Isidoro, con quién me quedaré en Sevilla?* El mismo, taciturno y turbado, se fué con los cristianos en busca del santo cuerpo. Llegaron á Itálica, y habiendo hallado su sepulcro por revelacion hecha al obispo

el religioso celo del monarca trocó en procesion devota lo que se esperaba pomposo alarde triunfal: precedía el ejército en orden militar tremolando las banderas vencedoras y arrastrando las vencidas, y ostentando en el lucimiento el comun regocijo al compás de los bélicos instrumentos; seguían los principales caudillos, los infanzones, ricos-hombres, maestros de las órdenes militares, gran concurso de seculares y eclesiásticos, y los arzobispos y obispos haciendo coro al trono portátil en que iba la soberana imagen de Nuestra Señora de los Reyes; remataban la procesion San Fernando con la reina Doña Juana su esposa y sus hijos, su hermano el infante Don Alonso de Molina y demás personas reales, entre las cuales cuentan algunos al invicto Don Jaime el Conquistador rey de Aragon, que suponen se halló personalmente en la santa empresa. Iban todos á pié y acompañaba á los reyes é infantes numerosa corte en concertada y grave marcha. Dirigióse el triunfal y procesional cortejo por entre la torre del Oro y el rio hácia la puerta de Goles (hoy *puerta Real*), y haciendo alto en el Arenal, salió Sakkaf, y arrodillado á los pies de San Fernando le entregó las llaves de la ciudad. Retiróse en seguida el vencido dictador sarraceno con algunos personajes principales que habian quedado en su compañía: tomó el camino de Tablada, y al llegar al cerro de Buena-vista, donde quizás aun humeaban los abandonados ranchos del real del castellano, lloró amargamente el inexorable cumplimiento de los decretos de Ala y de los pronósticos que habian anunciado la caída de aquel poderoso baluarte del Islamismo (1). Dejemos al caudillo musulman en

Alvito, encontraron el cuerpo del Santo dentro de una caja de enebro, obrándose en el acto en los circunstantes insignes milagros. Al tiempo de colocarlo los cristianos en unas andas para llevárselo, el rey árabe echó encima una riquísima cortina de seda diciendo con entrañable afecto: *O venerable hermano, vástete de aquí? tú sabes lo que hay entre mí y tí y cuánto amor tengo contigo; yo te ruego que te acuerdes siempre de mí!* Dicen que se le apareció el Santo y que le enseñó la fé católica; pero de su conversion no hay noticia.

Esta version está conforme con las *Actas de la traslacion* del santo cuerpo que se léen en el ms. gótico de la Biblioteca nacional de Madrid, y que publicó el P. Florez en los apéndices al tomo IX de su *España Sagrada*, sin mas diferencias que algunos pormenores que hacen el relato latino mucho mas elegante y poético. La aparicion del Santo patrono de Sevilla al obispo Alvito, por ejemplo, es un bello cuadro que no podemos menos de recordar. «*Interea dum sellula sedens secum nescio quid de psalmis ruminaret, somno opprimitur, apparuitque ei quidam vir veneranda canitie comptus, pontificali infula amictus, talique cum voce alloquitur: Novi quidem te cum sociis tuis ad hoc venisse, ut corpus beatissimæ virginis Justæ hinc transferentes deferatis; et licet non sit divinæ voluntatis ut hæc civitas abscessu hujus desoletur Virginis; tamen non vacuos divina bonitas vos remittet: corpus namque meum vobis est donatum.*»

(1) V. en Zúñiga, año 1248, n.º 24, el pronóstico sobre la pérdida de Sevilla que

su camino hacia el Estrecho para pasar el resto de sus días aborrecido entre las tribus africanas; dejemos asimismo continuar su peregrinación, ya al África, ya á las diversas poblaciones que aun les restan á los infieles, á los cuatrocientos mil moros que asegura la Crónica general salieron de Sevilla y fueron convoyados hasta la ciudad de Jerez por el maestre de Calatrava, unos para embarcarse en las galeras y carracas dispuestas al efecto, otros para diseminarse por la costa de Andalucía; oigamos el poético lamento que arranca al alma varonil del hijo de jerife de Ronda la caída de Sevilla, y despedámonos con esto de la hermosa y ya muerta sultana del Guadalquivir para verla luego resucitar y regenerarse al sol de la civilización cristiana.

Grande mal y sin remedio
Sufre España en el Islám:
Á Arabia llega el lamento,
Y estremécese el Thalám.
Sus provincias, sus ciudades
Gimen en triste orfandad,
Y Guadalquivir y Turia
Vuelcan ruinas hasta el mar.
¿Valencia y Murcia, qué fueron?
¿Játiva y Jaen, dó están?
¿Dónde la patria de sabios,
Córdoba, la gran ciudad?
¿Qué se hicieron de Sevilla
La riqueza, el sin igual
Decoro, qué de su Bétis
La apacible magestad?
Cual la ausencia de la amada
Llora el amante leal,
De su cara Andalucía
Llora la suerte el Islám.
¡Descuella la cruz odiosa
Sobre las mezquitas, ay!
Las campanas sucedieron
Al pregon del almuedan;
Aunque de madera inerte,
Llanto destila el mimbar

se halló entre los libros árabes entregados á los reyes Católicos despues de la toma de Granada. Redúcese á que al ocurrir la muerte del usurpador Ben Hud (Abenhud) se cayeron por sí mismos haciéndose pedazos, en la mezquita mayor de Sevilla, los escudos de los reyes Almohades que aquel había afrentado haciéndolos teñir de negro.